

Lenin en la Tercera Convención del Komsomol. Aleksandr Lomykin (1969). World History Archive/Ann Ronan Collection.

CIEN AÑOS DE LA MUERTE DE LENIN: REFLEXIONES SOBRE SU FIGURA Y SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA

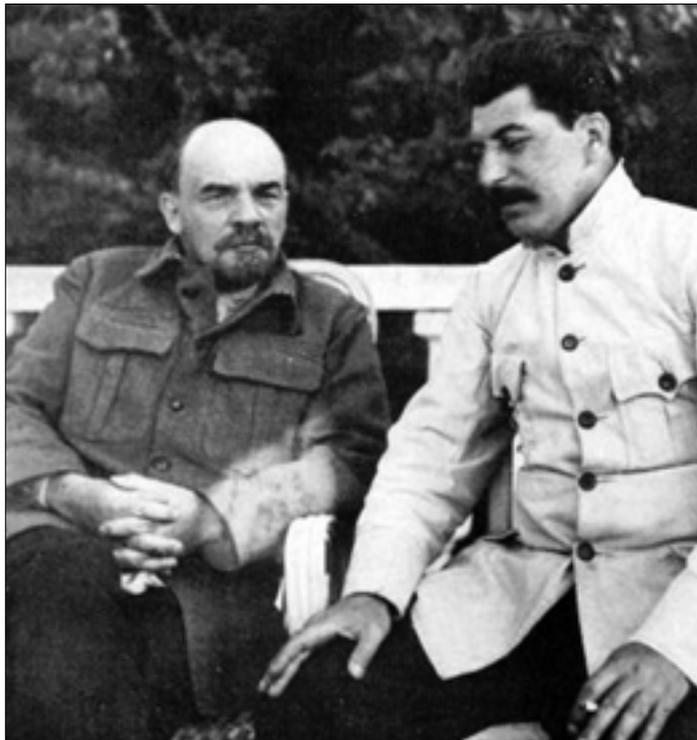
PEDRO CARLOS
GONZÁLEZ CUEVAS

Uno de los aspectos más peculiares del marxismo estaba, sin duda, en el hecho de ser una doctrina política y filosófica sometida periódicamente, al mismo tiempo, por su propia esencia y por la compleja personalidad de su fundador, a incesantes interpretaciones y revisiones y de haber sido utilizada en experiencias revolucionarias y políticas. Siempre han existido tradiciones políticas diversas evocando la autoridad de Karl Marx. Heredero de la tradición racionalista del *Siglo de las Luces*, del idealismo hegeliano, de los diversos socialismos emergentes y de la economía política clásica, el marxismo siempre ha tenido una doble faz, una dimensión jánica. Incluso, como señaló Raymond Aron, han existido marxismos “*imaginarios*”.

A través de la hermenéutica de los textos marxianos, podía defenderse, como hizo Eduard Bernstein, y en la práctica Karl Kaustky, unas prácticas políticas reformistas, como instrumento de integración de la clase obrera en el régimen liberal-capitalista, pero también con miras a la transformación gradual de éste. Friedrich Engels llegó a plantear que los socialistas podrían conquistar el poder mediante el voto. El economista Joseph Schumpeter consideró posible una interpretación “*conservadora*” de Marx. Frente a esta perspectiva evolutiva, existieron otras interpretaciones que podríamos denominar activistas y revolucionarias, que consideraban el recurso a la violencia, a la dictadura y a la destrucción de las instituciones representativas como requisitos obligados a la hora de instaurar el socialismo.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, el legado marxista experimentó una nueva reinterpretación filosófica y política en un sentido claramente voluntarista. Significativa, en ese sentido, fue la definición del

marxismo como *filosofía de la praxis* defendida por el neidealista italiano Giovanni Gentile, una interpretación que sería elogiada por Lenin en sus *Cuadernos filosóficos*. Y seguida posteriormente por otros pensadores como Antonio Gramsci, Antonio Labriola, Georges Sorel, Georg Lukács o Karl Korsch, cada uno a su modo.



Lenin y Stalin en Gorki, septiembre de 1922. Fotografía de María Ilynichna Ulyanova. Library of Congress.

LENIN: EL CREADOR DE MOVIMIENTO COMUNISTA MODERNO

Vladimir Illich Uliyanov, *Lenin*, de cuyo óbito se cumple este año el centenario, fue uno de los portavoces más radicales de esta interpretación voluntarista, revolucionaria y activista de la tradición marxista, aunándola con otras tradiciones específicamente rusas del pensamiento político. En la perspectiva leninista, como hubiera dicho Charles Maurras, se impone la máxima de “*politique d’abord*”. El conjunto de

su obra, incluso las pretendidamente filosóficas, como *Materialismo y empiriocriticismo*, o históricas, como *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, tienen como objetivo la deslegitimación política de las tendencias kantianas, positivistas o populistas en el seno del movimiento socialista. En definitiva, Lenin fue el creador del movimiento

comunista moderno, una tendencia que antes del estallido de la Gran Guerra no había gozado de una apreciable influencia en el movimiento socialista. Se trataba de un fenómeno ideológico y político nuevo, que nunca ocultó sus objetivos despóticos y potencialmente totalitarios. Su conquista del poder en 1917 se debió en parte a una extraña coincidencia de circunstancias históricas que nadie había podido prever. No en vano, Antonio Gramsci, definió la toma del poder por los bolcheviques como “*la revolución contra El Capital*”. Pero fue igualmente fruto de la habilidad política de Lenin y de sus partidarios, a la hora de absorber y asimilar rápidamente todos los problemas importantes y convertirlos en instrumento de su política.

A partir de su interpretación del marxismo, Lenin elaboró una doctrina política de profundo contenido revolucionario. Su primer folleto importante, *¿Qué hacer?*, escrito en 1902, supuso el prólogo de su acción política futura. En este y otros opúsculos, como *Las dos tácticas de la socialdemocracia*, *El imperialismo fase superior del capitalismo* y posteriormente *El Estado y la revolución*, se plasmaron los rasgos ideológicos y políticos permanentes del bolchevismo. Lenin partía de una visión dogmática del marxismo como “*verdad científica*”, inasequible a la crítica. Para Lenin, no podía existir movimiento revolucionario sin teoría revolucionaria, y eso era el marxismo. Sin embargo, la conciencia revolucionaria no nacía espontáneamente en el proletariado, que tendía al reformismo. La conciencia revolucionaria era preciso imponerla “*desde fuera*”, para lo cual resultaba necesaria la existencia de una elite, de una vanguardia férrea y disciplinada encarnada en el partido. Consecuentemente, incluyó en su proyecto la instauración de la “*dictadura del proletariado*”, interpretada como hegemonía absoluta de un partido único sobre el conjunto de la sociedad. Si algo caracterizó al leninismo fue su rechazo radical de las instituciones de la democracia liberal, garantes, según él, de la hegemonía de las clases dominantes y corruptoras de importantes sectores del proletariado mediante las prácticas reformistas. Complemento de esta doctrina fue la interpretación del imperialismo como fase superior del capitalismo, basado en la hegemonía del capital financiero a nivel internacional y uno de los fundamentos del reformismo socialdemócrata en las sociedades industrializadas, y que llevaba a la división territorial entre las grandes potencias. De ahí la importancia de las masas explotadas de los países subdesarrollados en la lucha contra el capitalismo.

EL COMUNISMO LENINISTA COMO EL PRINCIPAL DESAFÍO DE OCCIDENTE ENTRE 1917 Y 1989

Lenin falleció el 21 de enero de 1924. La edificación del nuevo régimen soviético, consecuencia de una sangrienta guerra civil, se desarrolló según las directrices que él había pensado. Su sucesor, Iósif Stalin, definió al leninismo como “*el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria*”. En la práctica política cotidiana, el leninismo

se convirtió en una especie de religión secular. Siguiendo el método de Donoso Cortés y de Carl Schmitt, podríamos decir que Lenin desarrolló una auténtica *teología política*, en la que el marxismo equivalía a la Biblia; el proletariado, al pueblo elegido; Marx, a Jesucristo o Mahoma; el partido bolchevique, a la Iglesia; la revolución, a la segunda llegada del Mesías; la fase superior del comunismo, al Milenio; y el castigo a los capitalistas, al Infierno. La consolidación del nuevo régimen significó, por tanto, un profundo desafío ideológico, político y social a los fundamentos de las sociedades occidentales: la religión, el mercado y la nación. A partir de 1917 se inició un proceso de luchas permanentes, que no finalizaría hasta 1989 con la caída del emblemático Muro de Berlín.

En ese sentido, como señaló el filósofo polaco Leszek Kolakowski, la caída del comunismo puede considerarse como un acontecimiento de profundo carácter filosófico. Y es que demostró los límites de la perspectiva fáustica inherente a las filosofías revolucionarias, la existencia de fronteras más allá de las cuales el hombre no cambia, es decir, que existe algo que podemos denominar “*naturaleza humana*”, tanto a nivel político como económico y cultural.

Sin embargo, en la historia las victorias y las derrotas siempre son parciales y relativas. Porque la *hybris* revolucionaria y el espíritu fáustico permanece en la mente de no pocos pensadores que, como Slavoj Žižek, Alain Badiou, Tariq Ali, Domenico Losurdo, Antonio Negri y un largo etcétera, propugnan

“*repetir Lenin*”, e incluso sienten nostalgia de Stalin. Como movimiento político, Podemos y sus derivados han sido, y son, herederos de ese *pathos* revolucionario. Por todo ello, conviene estar alerta. Y es que, como señaló Raymond Aron, la Historia es “*la tragedia de una humanidad que hace su historia, pero que no conoce la historia que ella misma hace*”.



Funeral de Lenin. Isaak Brodsky (1925). Museo Estatal de Historia, Moscú.